

Cultura

Víctor Pliego

¡Tatachán!

TIENE muchas tablas. Es un animal de teatro y pequeños escenarios, que debe su celebridad a la televisión. Presume de feo y desaliñado pero es un seductor nato. Es un comunicador de verbo caudaloso y arrollador que hace magia para los ojos. Sus discursos son de una lógica imposible, pero irrefutable. Se llama Juan Tamariz. Sus andanzas por los tugurios y teatros del mundo le han llevado al Teatro Marquina, de Madrid, donde pudimos disfrutar su aparición en un magnífico espectáculo unipersonal. Se presenta como un colega simpático, que rompe con las distancias que pudiera haber entre el público y el escenario, camuflando su grandeza artística. No quiere que sus números molesten a los embaucados, que lo son de buen grado, y por eso prefiere no llamarlos trucos, sino juegos. Su sabiduría se reviste de sencillez (si es que la sencillez puede unirse al prodigio) para evitar cualquier atisbo de pedantería.

Tamariz luce un virtuosismo encubierto y natural como el que propugnaron los filósofos ilustrados de otro siglo. Sus juegos se encadenan en una función perfectamente construida, con un ritmo ágil y buen sentido escénico. Son números geniales, como también lo son las explicaciones, frescas y espontáneas, con las que el mago los presenta y enlaza.

El ilusionismo es un género que no siempre gusta a todos, pero que con Tamariz tiene el éxito asegurado. Hice la prueba llevando conmigo a un renegado que acabó converso. Porque la pasión que Tamariz pone en lo que hace es mágica y muy contagiosa.